

Elogio de la ebriedad

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *À nos ivresses*

© Flammarion, 2023

© De la traducción, Julio Guerrero

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-62-1

Depósito legal: M-3.041-2025

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Alicia Dorey

Elogio de la ebriedad

Traducción del francés
de Julio Guerrero

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 90 (serie menor)

Introducción

La ebriedad es nuestro espacio de libertad. Mientras vivimos enfrentados a las exigencias de las agendas, nos permite soltar el cuerpo y la mente. Al dilatar el paso del tiempo y alterar nuestra percepción del entorno, nos alivia por unas horas del peso de nuestras vidas. Estar ebrio es, en cierto modo, sentir el presente en su forma más absoluta.

Antes de que el vino se convirtiera en mi profesión, tenía poca experiencia con la ebriedad. Era algo asociado a la fiesta, el resultado de una mezcla despiadada de refrescos y licores fuertes que desembocaba en dolores de cabeza. Mi verdadero encuentro con ella fue de la mano de mi descubrimiento del vino, y mi legitimación en ese mundo del que no sabía nada me convenció poco

a poco de que se trataba de un formidable tema de reflexión.

Cuando me convertí en directora editorial de *Le Figaro Vin*, se me concedió tácitamente el derecho a una ebriedad aceptable. Desde el principio, mi misión fue clara e inequívoca: fomentar un mundo en el que los vinos y los espirituosos estuvieran libres de todos sus efectos deletéreos, heraldos líquidos de un arte de vivir a la francesa en el que la ebriedad no es un fin en sí mismo, lo que tiene la ventaja de no demonizarla.

De repente, el vino se convirtió en el centro de mi vida, impregnándolo todo: mi cuerpo, mis pensamientos, mi imagen, mis relaciones sociales... A partir de ese momento, me convertí en una experta a la que no negaban ni perdonaban las catas de grandes vinos a partir de las ocho de la mañana, los sakes por la tarde, los largos almuerzos y las cenas bien regadas en las que te invitaban a no escupir. Fue ese contacto cotidiano con la posibilidad de la ebriedad permanente lo que me hizo querer escribir sobre ella, tal vez para domarla mejor.

Mi primera convicción es que la ebriedad es una de las puertas de entrada más elocuentes de

nuestra relación con el mundo y con los demás. En primer lugar, porque ella sola sostiene una infinidad de mitologías y no rehúye ninguna paradoja. Incluso antes de hacernos ver doble ya nos divide interiormente. Existe el yo sobrio y el yo ebrio. Existe la ebriedad fomentada y la ebriedad estigmatizada. En muchos sentidos, la ebriedad es una especie de bazar moderno donde confluyen nuestra educación, nuestra historia personal, nuestros miedos y nuestros deseos, así como las luchas de clase y de género. El giro dado en el siglo XIX y los nuevos usos de los espacios urbanos y domésticos nos han demostrado que, durante el tiempo de ebriedad, las desigualdades no dejan de tejerse, consolidarse y perpetuarse.

Que yo sepa, no existe ningún mal al que no se pueda aplicar la ebriedad como remedio: el trabajo, el aburrimiento, el viaje, la ruptura de una relación amorosa, la canícula, el frío, el hambre, la desorientación... Da al obrero su ímpetu en el tajo, al intelectual sus destellos, al viaje una posibilidad de aventura, al amor un resplandor, al sexo una evidencia, a la pena una solemnidad, al remordimiento una distracción. Estos son los temas que intento esclarecer en estas páginas.

Todo ello teniendo en cuenta que, al igual que este libro, la ebriedad sigue siendo una cuestión incierta, turbulenta y eminentemente resbaladiza. No solo porque modifica nuestra relación con el tiempo, coquetea con la pérdida de control, la posibilidad del ridículo y el miedo a ser juzgado, sino también porque nos divide. De forma deliberadamente caricaturesca, cuando se asocia de manera simbólica al vino, es a la vez erigida como monumento nacional por algunos académicos abotargados y otros campeones de las cofradías báquicas, y señalada con el dedo por una camarilla de amargados que acaban de descubrir la pasión por el kékfir. La aparición de un llamamiento a la sobriedad —ejemplificado por *Sans alcool* de Claire Touzard y el no menos categórico *Jour zéro* de Stéphanie Braquehais, así como los numerosos *influencers* que ensalzan las virtudes de la abstinencia en Instagram— fue también un hito importante para este proyecto. La respuesta a esta tendencia me llevó a cuestionarme el miedo a escribir sobre un tema que ya no era del gusto de nuestro tiempo. De repente, elogiar la ebriedad me pareció el colmo de lo anticuado y el vetusto receptáculo de una inmensa hipocresía.

Cuando contaba que había empezado a escribir sobre la ebriedad, la reacción era casi siempre la misma. Una mezcla de sorpresa, entusiasmo y vergüenza que provocaba un tímido «ah». A veces seguido de un «interesante». Lo que no resultaba evidente a primera vista era que la idea de este libro había nacido, ante todo, de un rechazo: el de tener que elegir entre la sobriedad radical y la sospecha de alcoholismo, y del deseo de hablar de ello.

A menudo digo que en mi trabajo intento cultivar una forma de ignorancia para no caer nunca en la trampa de utilizar el vocabulario de un enólogo o de un sumiller, e intento mantenerme lo más cerca posible de mis emociones, de lo que siento, sin ninguna tentativa de erudición. No me había dado cuenta de que lo mismo ocurriría al escribir este libro. Que tendría que rechazar los consejos de unos y otros, de los especialistas encantados de contribuir con sugerencias de autores sedientos, con antologías polvorientas y con otras historias de bacanales. Siguiendo ese camino podría haberme embarcado en el enésimo panegírico de nuestros antepasados étlicos, parlotando sobre los extravíos literarios de Baudelaire

a Houellebecq, pasando por Blondin y Bukowski. Pero, a riesgo de decepcionar a algunos, este libro no canta las alabanzas de un Dioniso achispado rodando en un barril, como tampoco se regodea en las noches pasadas por Marguerite Duras salpimentándose en los bistrós de Saint-Germain-des-Prés. Esa pereza autoimpuesta era pues condición *sine qua non* para intentar producir un pensamiento nuevo, lo que, en mi opinión, sigue siendo una de las cosas más difíciles del mundo.

De ese vértigo nació mi segunda convicción: lo que está en juego es la cuestión de la elección. Es la misteriosa atracción que nos hace, a la vez, desear y temer la ebriedad, por lo que esta despierta en nosotros y por lo que desencadena en los demás: un deseo de beber que va acompañado de un deseo aún más misterioso. Más allá del estado en que nos sume, la ebriedad nos recuerda algo evidente: es imposible escapar de nosotros mismos. En definitiva, si este libro tuviera un solo objetivo, sería despertarnos, libres de toda doctrina, a la comprensión y a la celebración de todas las formas de ebriedad.